

En un beso, en un aliento.....
Mientras se juntan las palmas
A las caricias del viento.

Mientras que las amapolas,
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas. » —

Así dice amante el joven,
Y con lánguido mirar
Responde la bella niña
Sonriendo..... y nada más.

Entre las palmas se pierden ;
Y del día al declinar,
Salen del espeso bosque,
Á tiempo que empiezan ya
Las aves á despertarse
Y en los mangles á cantar.

Todo en la tranquila tarde
Tornando á la vida va ;
Y entre los alegres ruidos,
Del Sud al soplo fugaz,
Se oye la voz armoniosa
De los tumbos de la mar.

Junio 1858.



LA FLOR DEL ALBA — LA SALIDA DEL SOL
LOS NARANJOS — LAS AMAPOLAS

Los lectores me permitirán algunas palabras sobre estos cuatro idilios, que pertenecen verdaderamente al género descriptivo, al que tengo suma afición.

En ellos he intentado presentar pequeños cuadros de los paisajes del Sur, para mí tan queridos, como que allí se meció mi pobre cuna. Para ello he escogido cuatro horas sucesivas, la del alba, la en que nace el sol, la de las ocho ó nueve de la mañana, y por último, la del mediodía.

Los cuadros pertenecientes á las horas de la tarde y de la noche, seguirán después; pero ya no con el carácter puramente descriptivo, sino sirviendo, por decirlo así, de decoración á pensamientos diferentes.

En la *Flor del alba* he querido no sólo describir el aspecto de la naturaleza, en la madrugada, sino también presentar un cuadro de las costumbres de la costa, á esa hora.

Como la doncella á quien llamo « *Flor del alba*, » todas las jóvenes costeñas que habitan en los *Barrios*, que son pequeñas aldeas hundidas verdaderamente en

un océano de vegetación, se levantan al despuntar la aurora, salen de sus cabañas y se dirigen al río, á traer el agua que necesitan para los usos de la familia.

Es de advertir que en la costa del Sur, no hay más ciudad que la pequeña de Acapulco. La población de las costas vive en esos *Barrios*, ya sea por la escasez de ella, ó por su falta de cultura, ó porque así conviene más á sus trabajos agrícolas, únicos á que se consagra.

Es en extremo pintoresco el aspecto de los *Barrios* con sus cabañas de hojas de palmera escondidas en un bosque de parotas, de mangles, de caobas y de cocoteros y rodeadas por todas partes de altísimas y espesas yerbas. En los techos cónicos de estas cabañas se enredan millares de trepadoras, ostentando allí sus gigantescas flores azules, rojas y blancas.

Apenas hay un *barrio* de estos que no tenga cerca un río, y precisamente por aprovechar sus aguas se han situado casi todos en las márgenes de los que descendiendo de la Sierra, corren por el planío de la costa á desembocar en el mar. El *Atoyac* solo, como lo diré en las notas de mi composición así intitulada, tiene en sus orillas cerca de veinte.

He dicho que no hay en toda la costa del Sur más ciudad que Acapulco, y es así; pues aunque algunos pueblecillos han sido bautizados con el título de ciudades por el gobierno de Guerrero, como Tecpan, en memoria del ilustre patriota D. Hermenegildo Galeana, nativo de allí, y algunos otros por diversos motivos, la verdad es que no son más que *barrios* con una población un poco mayor que las demás. Acapulco es el único lugar que puede aspirar á tal nombre por el mayor nú-

mero de sus habitantes, por la regularidad de sus casas y calles, y por su comercio y cultura.

Como es de suponerse, en estas poblaciones reinan las costumbres sencillas de la vida del campo. Las familias acomodadas, y aun hay algunas que pueden llamarse ricas, no se distinguen de las demás. Tienen todo el carácter patriarcal de los pueblos primitivos, y recuerdan por esto aquellos tipos que tanto nos agradan en las leyendas bíblicas. Las mujeres, cualquiera que sea su condición, van vestidas con su pintoresco traje, compuesto de unas enaguas largas de lienzo y de brillantes colores, con su ancho ceñidor de burato su camisa regularmente de lienzo muy fino y su chal de merino negro con largos flecos en las puntas, llevan adornado el cuello con sargas de perlas ó de coral, y sujetos los cabellos con el *cachirulo* de oro. Así se dirigen á los ríos á llenar su cántaro que cargan en la cabeza, como algunas mujeres del Asia y como las de la campaña romana. Es hermosa aquella orilla del río, en las horas de la madrugada, porque se ve concurrida de las lindas muchachas de los *barrios* que forman deliciosos grupos.

Tal es el cuadro que ofrecen los ríos á la hora del alba.

En cuanto á los idilios, *Los Naranjos* y *Las Amapolas* fueron leídos en las reuniones literarias del año de 1868, y obtuvieron la acogida más lisonjera para mí, lo que sin embargo, he recibido tan sólo como una muestra de benevolencia de parte de los eminentes poetas que allí concurrían.

Confieso que he tenido alguna vacilación para publicarlos, temiendo que se juzgasen demasiado libres;

pero los mismos amigos combatieron mis escrúpulos, dándome razones que también á mí se me ofrecían como apoyos para decidir la publicación. Estas razones no eran referentes al mérito literario de mis versos, sino á su asunto y á su forma.

La literatura clásica y la sagrada, presentan frecuentes ejemplos de esta libertad y aun de mayor cien veces. Por no citar autores con cuyos nombres se llenarían muchas páginas, me limitaré tan sólo á enumerar aquellos más autorizados, y que por la misma razón andan en las manos de todos. Prescindiendo del « *Cantar de los Cantares* », y otros monumentos bíblicos, mencionaré á Anacreonte, cuyos versos, que son un modelo de gracia y de elegancia, están consagrados al amor y al placer. La musa griega antigua, tenía en esto toda la belleza de la sencillez y de la verdad.

En época menos antigua, en lo que puede llamarse la escuela poética de Alejandría, tenemos á Teócrito y á Bion de Esmirna, cuyos idilios nos dan todavía una muestra de una encantadora naturalidad. Los asuntos del primero tienen esa sencillez que sólo una gazmoñería ridícula podría tachar de peligrosa. Apenas los críticos se han atrevido á juzgar con alguna severidad el idilio XXVII, que es la « *Conversación entre Dafnis y una joven* », y eso porque en él se lleva la licencia hasta un extremo que choca con nuestras costumbres completamente, presentando cuadros de una desnudez repugnante. Créese generalmente que este idilio no es de Teócrito. Pero en todos los demás, el estilo es ardiente y apasionado, el amor habla su lenguaje propio, y á nadie se le ha ocurrido tacharlo de inadecuado y de inmoral. El idilio VII de Bion, contiene también algu-

nas frases libres, aunque estoy muy lejos de participar de la opinión del erudito mexicano que acaba de publicar en elegantes versos la traducción de los fragmentos de ese poeta delicioso. Ipanre Acaico, (el P. Montes de Oca), (1) ha mutilado el idilio VII, temiendo ofender el pudor si conservaba el texto original.

En cuanto á los clásicos latinos, ¿quién no conoce algunas odas de Horacio, algunas églogas de Virgilio, algunas elegías de Tibulo, de Cátulo y de Propercio; los asuntos de algunos poemas de Ovidio y el fragmento apasionado, aunque su estilo no sea ya el del siglo de oro de la poesía latina, que se ha atribuído generalmente, aunque sin razón, á Asinio Cornelio Gallo, el amigo de Virgilio, y que según todas las indagaciones es de Maximiano?

En los versos dirigidos á Lydia, el poeta nos dejó aquellos que comienzan :

« *Pande, puella, pande capillulos* ».

y que son de una vehemencia amorosa y de una naturalidad incomparables.

Entre los modernos, no recordaré, además de los italianos de la Edad Media, más que á Juan Segundo, cuyos « *Besos* » no se desdeñó de traducir Mirabeau en una prosa, como suya : á Parny, el *amable pagano*, como le llamaba Millevoeye, cuyos cuadros parecen griegos; á Gessner, el Teócrito Suizo, cuyos idilios son para mí tan buenos en su forma como los antiguos; y por último, para acabar con nuestros clásicos, á Gar-

(1) Hoy Obispo de Linares.

cilaso y á casi todos los de su escuela, que siguiendo la italiana, nos dejaron monumentos de este género que los modernos imitan con entusiasmo.

Así, pues, sin que por eso se crea que pretendo dar á mis idilios, en verdad insignificantes, y en los que no he pretendido sino describir cuadros de nuestra naturaleza americana, un mérito de que absolutamente carecen; yo pequeño, yo humilde é indigno de colocarme, sino á los pies de aquellos grandes poetas, soy bastante excusable por querer imitarlos en su naturalidad.

Por otra parte, ¿no es por ventura el culto del amor uno de los objetos de la poesía? ¿Este lenguaje lleno de ternura y de fuego, que es el propio de los amantes, deberá desterrarse, sólo porque se le acusa de sensual? La filosofía de la literatura no puede proscribirlo. La crítica severa sólo condena el lenguaje libertino y obsceno, el cuadro que ofende á la moral. No creo que mis « *Naranjos* » y mis « *Amapolas* » sean reos de ese delito. Bastante comunes los juzgo, y aun bastante inocentes, si se comparan con infinitas escenas de novela que andan por ahí, verdaderamente atentando contra el pudor de la juventud.

Dicho esto, invoco la indulgencia de mis lectores respecto del mérito literario de mis cuatro idilios citados.



AL ATOYAC

Ábrase el sol de Julio las playas arenosas
Que azota con sus tumbos embravecido el mar,
Y opongan en su lucha, las aguas orgullosas,
Al encendido rayo, su ronco rebramar.

Tú corres blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó:
Y duermen tus remansos en la mullida alfombra
Que dulce Primavera de flores matizó.

Tú juegas en las grutas que forman tus riberas
De ceibas y parotas el bosque colosal:
Y plácido murmuras al pie de las palmeras
Que esbeltas se retratan en tu onda de cristal.

En este Edén divino, que esconde aquí la costa,
El sol ya no penetra con rayo abrasador;
Su luz, cayendo tibia, los árboles no agosta,
Y en tu enramada espesa, se tiñe de verdor.

Aquí sólo se escuchan murmullos mil suaves,
El blando son que forman tus linfas al correr,

La planta cuando crece, y el canto de las aves,
Y el aura que suspira, las ramas al mecer.

Osténtanse las flores que cuelgan de tu techo
En mil y mil guirnaldas para adornar tu sien :
Y el gigantesco loto, que brota de tu lecho,
Con frescos ramilletes inclínase también.

Se dobla en tus orillas, cimbrándose, el papayo,
El mango con sus pomas de oro y de carmín ;
Y en los ilamos saltan, gozoso el papagayo,
El ronco carpintero y el dulce colorín.

Á veces tus cristales se apartan bulluciosos
De tus morenas ninfas, jugando en derredor :
Y amante las prodigas abrazos misteriosos
Y lánguido recibes sus ósculos de amor.

Y cuando el sol se oculta detrás de los palmares,
Y en tu salvaje templo comienza á oscurecer,
Del ave te saludan los últimos cantares
Que lleva de los vientos el vuelo postrimer.

La noche viene tibia ; se cuelga ya brillando
La blanca luna, en medio de un cielo de zafir,
Y todo allá en los bosques se encoge y va callando,
Y todo en tus riberas empieza ya á dormir.

Entonces en tu lecho de arena, aletargado
Cubriéndote las palmas con lúgubre capuz,
También tú vas durmiendo, apenas alumbrado
Del astro de la noche por la argentada luz.

Y así resbalas muelle ; ni turban tu reposo
Del remo de las barcas el tímido rumor,
Ni el repentino brinco del pez que huye medroso
En busca de las peñas que esquivo el pescador.

Ni el silbo de los grillos que se alza en los esteros,
Ni el ronco que á los aires los caracoles dan,
Ni el *huaco* vigilante que en gritos lastimeros
Inquieta entre los juncos el sueño del caimán.

En tanto los cucuyos en polvo refulgente
Salpican los umbrosos yerbajes del *huamil*,
Y las ocuras malvas del algodón naciente
Que crece de las cañas de maíz, entre el carril.

Y en tanto en la cabaña, la joven que se mece
En la ligera hamaca y en lánguido vaivén,
Arrúllase cantando la *zamba* que entristece,
Mezclando con las trovas el suspirar también.

Mas de repente, al aire resuenan los bordones
Del arpa de la costa con incitante son,
Y agítanse y preludian la flor de las canciones,
La dulce *malagueña* que alegra el corazón.

Entonces, de los *Barrios* la turba placentera
En pos del arpa el bosque comienza á recorrer,
Y todo en breve es fiestas y danza en tu ribera,
Y todo amor y cantos, y risas y placer.

Así trascurren breves y sin sentir las horas :
Y de tus blandos sueños en medio del sopor
Escuchas á tus hijas, morenas seductoras,
Que entonan á la luna, sus cántigas de amor,

Las aves en sus nidos, de dicha se estremecen,
Los floripondios se abren su esencia á derramar
Los céfiros despiertan y suspirar parecen ;
Tus aguas en el álveo se sienten palpar.

¡ Ay ! ¿ Quién, en estas horas, en que el insomnio arde
Aviva los recuerdos del eclipsado bien,
No busca el blando seno de la querida ausente
Para posar los labios y reclinar la sien ?

Las palmas se entrelazan, la luz en sus caricias
Destierra de tu lecho la triste oscuridad :
Las flores á las auras inundan de delicias...
Y sólo el alma siente su triste soledad !

Adiós, callado río : tus verdes y risueñas
Orillas no entristezcan las quejas del pesar ;
Que oirlas sólo deben las solitarias peñas
Que azota, con sus tumbos, embravecido el mar.

Tú queda reflejando la luna en tus cristales,
Que pasan en tus bordes tupidos á mecer
Los verdes ahuejotes y azules carrizales,
Que al sueño ya rendidos volviéronse á caer.

Tú corre blandamente bajo la fresca sombra
Que el mangle con sus ramas espesas te formó ;
Y duerman tus remansos en la mullida alfombra
Que alegre Primavera de flores matizó.

Julio de 1864.





EL ATOYAC

(EN UNA CRECIENTE).

Nace en la Sierra entre empinados riscos
Humilde manantial, lamiendo apenas
Las doradas arenas,
Y acariciando el tronco de la encina
Y los pies de los pinos cimbradores

Por un tapiz de flores
Desciende y á la costa se encamina
El tributo abundante recibiendo
De cien arroyos que en las selvas brotan.

Á poco, ya rugiendo
Y el álveo estrecho á su poder sintiendo,
Invade la llanura,
Se abre paso del bosque en la espesura ;
Y fiero ya con el raudal que baja
Desde los senos de la nube oscura,
Las colinas desgaja,
Arranca las parotas seculares,
Se lleva las cabañas

Como blandas y humildes espadañas,
Arrasa los palmares,
Arrebata los mangles corpulentos :
Sus furoros violentos
Ya nada puede resistir, ni evita ;
Hasta que puerta á su correr dejando
La playa... rebramando
En el seno del mar se precipita !

.....
¡ Oh! cuál semeja tu furor bravío
Aquel furor temible y poderoso
De amor, que es como río
Dulcísimo al nacer, más espantoso
Al crecer y perderse moribundo
De los pesares en el mar profundo !

Nace de una sonrisa del destino,
Y la esperanza, arrúllale en la cuna ;
Crece después, y sigue aquel camino
Que la ingrata fortuna
En hacerle penoso se complace,
Las desgracias le estrechan, imposibles
Le cercan por doquiera ;
Hasta que al fin violento,
Y tenaz, y potente se exaspera,
Y atropellando valladares, corre
Desatentado y ciego,
De su ambición llevado, para hundirse
En las desdichas luego.

.....
¡ Ay, impetuoso río !
Después vendrá el estío,

Y secando el caudal de tu corriente,
Tan sólo dejará la rambla ardiente
De tu lecho vacío.

Así también la dolorosa historia
De una pasión que trastornó la vida,
Sólo deja, extinguida,
Su sepulcro de lava en la memoria.

1864.



CANSANCIO

(Á ORILLAS DEL MAR)

Bajo un dosel de cenicientas nubes,
Y el cielo de los trópicos por techo,
Del mar tranquilo en el profundo lecho
Escondida del sol la frente está.

Los viejos mangles de la costa, inclinan
Lánguidas de calor sus cabelleras ;
Y el viento de la tarde, en las palmeras
Susurra lento y perezoso ya.

Aquí del mar en la desierta orilla,
Tan risueña otra vez y encantadora,
Demos rienda al pesar que nos devora :
Corra, mujer, el llanto del dolor.

Déjame reclinar sobre las peñas
Mi enferma frente, de sufrir cansada,
Y déjame que llore, desdichada :
¿Por qué me pides pláticas de amor?

Me torturas el alma ; yo no puedo

Mentirte una pasión, como tú mientes :
 ¿ Cómo arrojar podrá lavas ardientes
 Si sólo tiene hielo el corazón?

¿ No has comprendido aún qué significa
 De mi mal espantoso la fijeza?
 ¿ Acaso yo no entiendo tu tristeza ?
 ¡ Ha muerto ya nuestra fatal pasión!

No finjas más; de nuestros labios salga
 Esa verdad, aunque terrible y dura;
 No hay lazo ya en nosotros de ternura,
 Y arrastramos los grillos del pesar.
 Nuestros besos son fríos... nuestros brazos
 Ha fatigado el perezoso tedio.....
 Nuestros ojos se apartan... no hay remedio,
 Esta horrible ficción debe acabar.

¿ No ves que á nuestro paso todo muere,
 Todo se inclina lánguido y se agosta ?
 ¿ No ves en las florestas de la costa
 Las hojas de los árboles caer?
 De tu morada triste á la ribera,
 Qué halla tu pie, sino punzantes cardos
 En vez de aquellos aromosos nardos
 Que entapizaban tu camino ayer?

¿ No ves que huyendo, alzó la primavera
 De la tierra su manto de verdura,
 Y de sus rojos mirtos la llanura
 El soplo del invierno despojó ?
 Las fecundantes nubes ya son idas,

Nuestro horizonte bello empalidece,
 El pueblo de las aves enmudece,
 Y el trasparente mar se ennegreció.

Lo mismo pasa en nuestro amor, señora;
 Su hermosa primavera brilló un día,
 Pero hoy, nos mata indiferencia impía.....
 ¡ Llegó el invierno al corazón también !
 Apagóse la lumbre de tus ojos,
 Y enmudeció cansado en un instante
 Ese pecho, otras veces palpitante
 Al abrigar mi enardecida sien.

¿ Lloras ? también yo sufro, me fatiga
 Esta pesada y lóbrega existencia
 De horrible saciedad, de indiferencia,
 De tormento constante y roedor.

Hay otros seres que al amor se entregan,
 Y son felices ¡ ay ! yo los envidio,
 Yo que apenas amé, cuando ya lidio
 Con el tedio, la duda, el desamor.

Sufro al mirar que junto á ti, en la playa.
 Las flores de la tarde voluptuosas
 Abriendo van sus senos amorosas,
 Hoy que la noche se extendió en el mar.
 Y de su cáliz de marfil turgente
 Exhalan sus aromas virginales,
 Al soplo de los áridos terrales
 Que hace de amor sus pétalos temblar.

Y te contemplo allí, muda inclinando
 Tu rostro que el dolor cubre sombrío,
 Inundado del llanto que el hastío,
 No el amor de otro tiempo te arrancó.

Ya estás marchita, y te pidiera en vano
 Para alentar mi lánguida existencia
 De los deleites la ardorosa esencia;
 Ya el cáliz de tu seno se agotó.

Separarnos debemos para siempre,
 Y un tormentoso porvenir ahorremos;
 Nuestros votos mentidos olvidemos,
 Fué nuestra historia un sueño de placer!

Libres nos deja el desengaño impío
 Cuya segur odiosa nos separa;
 Como libres también nos encontrara
 Antes de unirnos la esperanza ayer.

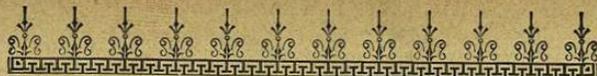
.
 Ya las aves del mar en tardo vuelo
 Van á las rocas á buscar su nido,
 Y el tumbo de la mar enfurecido
 Su espuma arroja hirviendo á nuestro pie.

Entre el capuz de tenebrosa noche
 Se ha perdido á lo lejos la montaña;
 Del pescador la lumbre en la cabaña
 Pálida y triste fulgurar se vé.

Vamos, señora, por la vez postrera
 Nuestro sueño á dormir bajo de un techo;
 Porque la noche próxima, en tu lecho
 Solitaria y ya libre te hallarás.

Debemos darnos sin llorar, sin pena,
 El triste adiós del desencanto ahora:
 ¡Oh, sí!..... mañana al despuntar la aurora
 Alejarme por siempre me verás!





AL SALIR DE ACAPULCO

(Á BORDO DEL VAPOR « ST-LOUIS »
DE LA LÍNEA DEL PACÍFICO, EL 30 DE OCTUBRE
DE 1863,
Á LAS ONCE DE LA NOCHE.)

. Aun diviso tu sombra en la ribera,
Salpicada de luces cintilantes,
Y aun escucho á la turba vocinglera

De alegres y despiertos habitantes
Cuyo acento lejano hasta mi oído
Viene el terral trayendo, por instantes.

Dentro de poco ¡ay Dios! te habré perdido,
Última que pisara cariñoso
Tierra encantada de mi Sur querido.

Me arroja mi destino tempestuoso,
¿ Adónde? no lo sé; pero yo siento
De su mano el empuje poderoso.

¿ Volveré? tal vez no; y el pensamiento

Ni una esperanza descubrir podría
En esta hora de huracán sangriento.

Tal vez te miro el postrimero día,
Y el alma que devoran los pesares
Su adiós eterno desde aquí te envía.

Quédate, pues, ciudad de los palmares
En tus noches tranquilas arrullada
Por el acento de los roncós mares,

Y á orillas de tu puerto recostada,
Como una ninfa en el verano ardiente
Al borde de un estanque desmayada.

De la sierra el dosel cubre tu frente,
Y las ondas del mar siempre serenas
Acarician tus plantas dulcemente.

¡ Oh suerte infausta! me dejaste apenas
De una ligera dicha los sabores,
Y á desventura larga me condenas.

Dejarte ¡ oh Sur! acrece mis dolores,
Hoy que en tus bosques quédase escondida
La hermosa y tierna flor de mis amores.

Guárdala ¡ oh Sur! y su existencia cuida,
Y con ella alimenta mi esperanza,
Porque es su aroma el néctar de mi vida!

.

.....

 Mas ya te miro huir en lontananza,
 Oigo alegre el adiós de extraña gente,
 Y el buque, lento en su partida avanza.

Todo ríe en la cubierta indiferente;
 Sólo yo con el pecho palpitando,
 Te digo adiós con labio balbuciente,

La niebla de la mar te va ocultando;
 Faro, remoto ya, tu luz semeja ;
 Ruge el vapor, y el Leviathan bramando

Las anchas sombras de los montes deja.
 Presuroso atraviesa la bahía,
 Salva la entrada y á la mar se aleja ;

Y en la llanura lóbrega y sombría,
 Abre con su carrera acelerada
 Un surco de brillante argentería.

La luna entonces, hasta aquí velada,
 Súbita brota en el zafir desnuda,
 Brillando en alta mar. Mi alma agitada
 Pensando en Dios, la inmensidad saluda !



LIBRO II

—

A una sombra.